

## AGENDA CIUDADANA

### EL FIN DE LA *OMERTÀ* MEXICANA

Lorenzo Meyer

#### **La Solidaridad Perversa.**

En su debilidad, Ernesto Zedillo le acaba de dar un golpe terrible, quizá mortal, a la *omertà* de la vida política mexicana. La detención del ingeniero Raúl Salinas de Gortari, acusado de ser el autor intelectual del asesinato del que fuera secretario general del PRI, Francisco Ruiz Massieu, rompe con esa regla de oro que mantenía una perversa solidaridad entre los miembros de la llamada "clase política" mexicana: la regla de no llamar a cuentas ante la justicia a nadie que fuera miembro de la "clase política" en el poder. Si esa es la vía elegida por el presidente para recuperar credibilidad y poder, que sea.

Según la regla de la solidaridad perversa -sólo excepcionalmente violada a niveles bajos y en beneficio de los superiores-, quien tenía en sus manos el poder no debería nunca perseguir los delitos de quienes le habían precedido en el mando para que, de esta manera, quienes le sucedieran, tampoco le pidieran cuentas él. Así, la cohesión de la clase política mexicana en el poder, se basaba en una cadena histórica de complicidades. Esta solidaridad de la clase política -una solidaridad nefasta pero más auténtica y antigua que la de Pronasol- ha sido desde su origen, el obstáculo central para implantar en nuestro país el Estado de derecho. Finalmente, la acumulación de errores y abusos unida a la necesidad de afirmar una presidencia excepcionalmente débil por errores propios y heredados, ha llevado a que la cadena se rompa de manera

espectacular. Esta ruptura abre un poco más la puerta del cambio político de fondo en México, la puerta que, con inteligencia y suerte, puede conducirnos a una nueva etapa histórica, a la de la democracia política.

### **Omertà.**

En 1971, cuando el sistema de poder mexicano se encontraba en su plena madurez, cuando las nubes de la tempestad futura apenas empezaban a acumularse en el orgulloso horizonte de los herederos de la "primera revolución social del siglo XX" y de los forjadores de la estabilidad más notable de América Latina, un politólogo norteamericano -Roger D. Hansen-, publicó un libro sobre México -La política del desarrollo mexicano-, en donde se refirió y analizó al PRI, como "La Cosa Nuestra", es decir, como una mafia no enteramente distinta de aquella que había nacido en Sicilia al finalizar la Edad Media y que desde entonces se mantiene activa. La comparación que hizo Hansen hace casi un cuarto de siglo entre el partido de Estado mexicano y la hermandad criminal de Italia era exagerada pero no injusta. Después de él, Arnaldo Córdova y Federico Campbell, entre otros, han elaborado el punto con más finura. Hoy, en medio de la descomposición del autoritarismo más viejo del planeta, volvemos a comprobar lo atinado del triste símil.

Como se sabe, la base del código moral de la mafia siciliana era y sigue siendo, aunque hoy un poco debilitado, el juramento de *omertà*, el código del silencio. En virtud de este juramento, los miembros de la hermandad criminal se comprometen solemnemente y bajo pena de muerte, a que nunca y bajo ninguna circunstancia,

recurrirán para resolver sus conflictos internos al aparato de la justicia formal. Ese mismo juramento les obliga a no auxiliar jamás y de ninguna manera a las autoridades a esclarecer un crimen cometido por algún otro miembro de la mafia. Quién después de haber hecho el juramento lo rompe, debe pagar con su vida, pues su conducta pone en riesgo la seguridad misma del sistema y de todos y cada uno de sus miembros.

En México ha funcionado por decenios una variante de la *omertà* siciliana: la *priísta*. La notable impunidad de los políticos mexicanos frente al aparato de justicia se ha basado, en primer lugar, en la inexistencia de una fuerza capaz de exigir responsabilidad a quien detenta un poder sin contrapesos; esa es la quintaesencia del autoritarismo mexicano. En segundo lugar, esa impunidad legendaria se asienta en la seguridad de que únicamente algunos cuantos políticos de segunda fila, y sólo por razones de Estado, serán enjuiciados por abuso de poder. Casos como los de Jorge Díaz Serrano, Joaquín Hernández Galicia o Arturo Durazo Moreno, fueron verdaderas excepciones a la regla. Con la prisión de tarde en tarde de algún personaje de segunda fila y particularmente antipático -el jefe de policía corrupto, el tecnócrata prepotente, el cacique sindical dueño de vidas y haciendas-, el presidente en turno le envía un mensaje al presidente saliente, a la clase política y al resto de la sociedad: establecía su independencia, la unidad de mando, y colocaba en el valle del silencio a quién antes había sido el jefe protector pero que ahora era un estorbo al funcionamiento del sistema. Sin embargo, lo que hoy está ocurriendo -el

enjuiciamiento del hermano conspicuo de un expresidente particularmente poderoso-, no es simplemente otro caso excepcional, sino un cambio cualitativo en las reglas del juego político provocado por la crisis misma de los contenidos y formas del poder mexicano.

**Terminamos en donde Empezamos: se Cierra el Círculo.**

Hay una notable similitud entre el momento actual y aquel que tuvo lugar hace sesenta años, cuando se echaron las bases del presidencialismo que hoy esta terminando. La lógica del poder al principio y al fin de este largo ciclo son semejantes, aunque no necesariamente lo son sus consecuencias.

Fue a mediados de los años treinta, cuando una ruptura y un enfrentamiento entre un joven presidente cuyo poder estaba en duda -el general Lázaro Cárdenas- y un poderoso expresidente que se había convertido en factótum político -el general Plutarco Elías Calles-, dieron por resultado un fortalecimiento espectacular del jefe del poder ejecutivo y echaron las bases de un presidencialismo que sería el sostén, la columna vertebral, de un largo monopolio del poder por el PRI. En efecto, en junio de 1935, cuando apenas habían transcurrido seis meses del mandato del general Cárdenas, el general y ex presidente Calles -"Jefe Máximo de la Revolución" y padre del PRI-, desde su rancho en Cuernavaca, hizo una crítica indirecta pero contundente a la política laboral del presidente a través del periódico "El Nacional". En respuesta, apoyándose en el ejército y en las organizaciones obreras, y sin darle tiempo a reaccionar, el presidente destituyó a la mayoría callista de su gabinete el 14

de junio e inmediatamente inició una movilización social contra el ex "Jefe Máximo" y una purga de callistas dentro del partido oficial, el congreso y los gobiernos estatales.

Como resultado del golpe presidencial, Calles abandonó el país, y de ser considerado por la prensa y la clase política como el líder insustituible, pasó a ser llamado traidor, deshonesto y motivo de escándalo. Al finalizar el año, Calles volvió a México e intentó el contragolpe, pero ya era demasiado tarde. El presidente Cárdenas ya se había afianzado; su debilidad original se había transformado en fuerza con apoyo masivo -el cardenismo ya existía- y el callismo se desmoronaba. Calles fue expulsado del partido que el había creado -el PNR-, públicamente humillado y finalmente expulsado sin miramientos del país el 10 de abril de 1936. Fue entonces y en esa forma, que se consolidó la presidencia fuerte mexicana y el sistema de partido de Estado que actualmente se encuentra en su etapa terminal.

Hoy, en el ocaso de esa presidencia fuerte, se vuelve a dar una ruptura abierta, dramática entre un presidente que necesita hacerse de credibilidad y poder, y un expresidente tenido por fuerte pero al que la opinión pública o al menos una parte importante de ella, considera responsable de la grave crisis económica y política en que se encuentra sumido el país. Raúl Salinas de Gortari simboliza muy bien la prepotencia, arrogancia, impunidad y corrupción que caracterizó no únicamente al sexenio anterior sino al sistema en su conjunto. Al ordenar el arresto y consignación del hermano del expresidente como presunto autor intelectual del asesinato de su excuñado y padre de sus sobrinos,

Francisco Ruiz Massieu, Ernesto Zedillo y su Procurador General - el panista Antonio Lozano- están haciendo de una necesidad una virtud, pues la parte políticamente más activa de la sociedad mexicana exigía el fin de la larga cadena de impunidades, y esa demanda se puede transformar en apoyo de una presidencia particularmente débil. Ahora bien, el costo de fortalecer a Ernesto Zedillo lo va a pagar no únicamente la familia Salinas, sino la clase política tradicional en su conjunto al perder uno de sus mayores privilegios: la impunidad.

Con este golpe más espectacular que cualquiera de los que en su época dio Carlos Salinas, es posible que el poder no se derrita en las manos de Ernesto Zedillo. Sin embargo, y a diferencia de lo ocurrido en el enfrentamiento Calles-Cárdenas en 1935, el resultado ya no puede ser la reconstrucción del autoritarismo presidencial. La sociedad mexicana hoy ya no toleraría el retorno al pasado. El tiempo no ha corrido en vano y el desprestigio del PRI es enorme, irreversible. La mejor salida, la que más serviría al interés general, sería montar a la presidencia en la cresta de una ola reformista, dismantelar las piezas centrales del autoritarismo y despejar el camino para la instauración de un sistema político plural y democrático. Sólo de esta manera se justificarán parcialmente los grandes sacrificios económicos que el gobierno está imponiendo a la sociedad.

### **El Fin del Principio.**

Lo que estamos viendo y viviendo no es propiamente el fin de lo que ha sido la organización política postrevolucionaria y antidemocrática de México, pero, parafraseando a Sir Winston

Churchill, si bien si este no es el fin, y ni siquiera es el principio del fin del autoritarismo mexicano, quizá si sea el fin del principio de la larga, contradictoria y esperada transición mexicana a la democracia.

Sin la vigencia de la *omertà* priísta, la cohesión del partido de Estado difícilmente podrá mantenerse, pues coincide con el momento de un despertar de la conciencia ciudadana. Sin la seguridad del triunfo electoral y sin la garantía de la impunidad de su corrupción, el aparato priísta -"La Cosa Nuestra"- carece de razón de ser.

Las razones del presidente para volverse contra los hombres y las estructuras que lo encumbraron pueden no ser las mejores, pero no cabe duda que para el grueso de la sociedad mexicana sirven ta bien como si lo fueran, pues la pugna dentro de la clase política en el poder abre la posibilidad de cerrar el siglo XX con la clausura del autoritarismo, la impunidad y la irresponsabilidad. Actuemos para que así sea.

